El vuelo de las loras

JUAN FERNANDO JARAMILLO

LETRA X LETRA
—NOVELA—

Jaramillo, Juan Fernando, 1993-
El vuelo de las loras / Juan Fernando Jaramillo. – Medellín: Editorial EAFIT, 2022
162 p.; 24 cm. -- (Letra x Letra. Novela).

ISBN: 978-958-720-783-5
ISBN: 978-958-720-784-2 (versión EPUB)

1. Novela colombiana - Siglo XX. I. Tít. II. Serie

C863 cd 23 ed.
J371

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

El vuelo de las loras

Primera edición: agosto de 2022

© Juan Fernando Jaramillo
© Editorial EAFIT
Carrera 49 No. 7 Sur-50
Tel. 261 95 23, Medellín
http://www.eafit.edu.co/editorial
https://editorial.eafit.edu.co/index.php/editorial
Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-783-5
ISBN: 978-958-720-784-2 (versión EPUB)

Edición: Cristian Suárez Giraldo
Corrección: Juana Manuela Montoya
Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: Flor María Bouhot, *Andrógeno*, 1984. Acrílico sobre cartón, 100 x 70 cm.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

A mi Padre. A Alveiro por sus historias. A Caliche y quienes se quedaron sin nombre. A vos, porque yo era el gato que contemplaba al pez de colores, aunque el pez de colores era el que tenía los dientes.

Lo más excitante son las versiones contradictorias, no somos un solo ser, sino muchos, de la misma manera que tampoco la historia es esa que se escribe poniendo fechas y se nos presenta como inamovible; cada persona que nos ha visto o hablado alguna vez guarda una pieza del rompecabezas que nunca podremos contemplar entero.

Carmen Martín Gaite

I

Bonita

Ya le perdí el miedo al espejo. Hernando siempre me decía y me repetía que era bella, que era la mujer más bella de todas, que nunca había visto a una mujer tan bella como yo. Bella, insistía. Bella, mi bonita. Y yo le creía, porque era bella. Porque ninguna mujer tan bella se ha mirado en este espejo que cuelga de los ladrillos de la pared. No soy vanidosa, pero sé que no hay mujer más hermosa que yo. Hernando, antes de morirse, me mordía los labios y me decía que yo era lo único que iba a extrañar de esta vida. ¿Sabes por qué? ¿Por qué?, le respondía yo, sabiendo la respuesta. Porque solo contigo he podido dormir. Hernando le tenía miedo; siempre soñaba con el bicho y terminaba saliendo a la calle en la madrugada. Es que me ayuda a pensar en otra cosa, me explicaba. Conmigo era diferente: en mi cama dormía hasta las tres de la tarde y se levantaba a comer, solo para seguir durmiendo. Las ojeras que tenía cuando nos conocimos fueron saliendo de su cara, como si se las tragara la piel. Te ves más joven últimamente, le dije una tarde. Ojalá fuera más joven. Y yo sabía que lo decía por el bicho, porque de ser más joven podría evitarlo, darle la espalda y seguir caminando por la calle, ignorando esa voz que lo llamaba y que, sin saberlo, lo condenaba. ¿Cómo se llamaba?, le pregunté, pero él no respondía, decía que no recordaba su nombre, ni su cara, querida, lo he olvidado todo. Pero el cuerpo no. Ese no olvida. No se había levantado la condena con el olvido de su nombre; todo había seguido su curso ineludible. Nunca quiso contarme los detalles, pero yo sé que ocurrió en un motel de Ayacucho, quizá uno de la Primero de Mayo, y quizá los vio alguien

desde la ventana de una oficina; un Hernando jovencito, desnudo frente a un hombre brusco que casi echaba espuma por la boca, que se le lanzó encima y le dejó a cuestas esto que hoy carga. Pero aquí estoy yo, acariciándome con los dedos las líneas de los pómulos, bajando por las mejillas rasposas y llegando al cuello. Ojalá Hernando me viera hoy y me dijera que soy bella, porque se me nota algo en los ojos. Las verdades. Y no me gustan las certezas. A menos que se trate de mi belleza, la misma que llevó a la muerte a un muchacho que jamás me conoció.

II

Diego

—Este muchachito –escuché gritar a mi mamá desde alguna pieza–. ¿Para dónde va ya?

—¡Para donde William!

—No se demore que su papá lo necesita.

Siempre era la misma cosa: William me llamaba a la casa, yo le decía que me esperara en San Marcos y salía corriendo. No porque quisiera ver a William, sino porque me gustaba espantar las palomas del parque, ver cómo salían volando. El sonido de las alas, el olor de las crispetas, las burbujas de jabón que salían de la boca de los vendedores.

—¡Diego, Dieguito!

—Quiubo, William.

Me apretó la mano con los dedos, como si estuviera apretando un billete, muy contento, mientras me contaba que había visto al trabajador del papá. *Por eso está tan feliz este bobo*. Ese muchacho debe estar ahora convertido en un puñado de ceniza, y el local donde funcionaba el bar es hoy la Retacería Envigado, como si el destino estuviera burlándose de todos. De nosotros. De ellos. Una retacería cualquiera sobre la carrera 42, promocionando retazos y trozos, como los que esa noche echaban humo entre la música y los casquillos.

—Y en todo caso, pasó con ese caminadito tan elegante. ¡Ay, hermano! Yo no sabía dónde esconderme.

—¿Esconderse por qué?

—¡El uniforme! ¿No ve? Ese tipo debe estar en la universidad.

—¿Usted cree? Con ese hablado no debió ni terminar primaria.

William vivía a dos cuadras de la iglesia de San Marcos, en la casa más grande. Ese barrio era muy tranquilo –todavía, creo yo–, calles largas sin salida, carros último modelo y gente bonita. La gente más bonita de Envigado siempre, escúchenme bien, siempre vivía en San Marcos. Una excepción contadita era una catana, una señora de unos treintaypunta que vivía en La Pradera, un barrio empinadísimo al lado de la quebrada, la puerta de entrada a muchos barrios que se fueron convirtiendo en los barrios de los ricos: Guadalcanal, Isla Fuerte y esos que se levantaron lejos del parque y que se tragaron de a poquito al Paraíso, la callecita de casas pobres, que antes eran fincas pobres, que antes eran fincas normales, porque alguna vez fueron muy ricas. Lo que pasa con todas las fincas que se traga una ciudad. En todo caso, la catana vivía con un papá borracho. Eso decía todo el mundo. Se le murió la mamá y, para que no la terminara matando el papá, o alguna de las hermanas, se consiguió de novio a un ingeniero barrigón, bigotudo, feo y que huele a guardado. En el '88 la vi muchas veces caminando con su barriga de embarazada, pero nunca la vi con bebé. Del ingeniero no se supo mucho después de que terminaran, ¡y menos mal! Con la presencia de licuadora que tenía ese tipo.

Qué chistoso que los chismes hablaran de todos los detalles de la familia de la catana, de las enfermedades, del novio, del papá, pero que nunca nadie supiera qué le había pasado al bebé.

William decía que la veía más triste que antes, que con esos ojos que cambiaban de color, a veces cafés, a veces amarillos, ella no podía decirle mentiras a nadie.

—¿Vos creés?

—¡Yo que te lo digo! Demás que se le murió.

—¡No digás eso, William!

—Ay, Diego. ¿Y dónde está, entonces? ¿Se lo llevaron las abejas?

No sé por qué, pero todo lo que me decía William era palabra de Dios, como si fuera una autoridad en cada cosa. Quizá era por su casa y por la ropa cara y los carros y los viajes. A veces me agarraba una envidia que me arañaba la boca del estómago, en especial cuando atravesábamos el jardincito que tenían afuera, o cuando entrábamos y me llegaba el olor

a limpio. No es que mi casa fuera fea, pero siempre estaba desordenada: era una casa vieja, de las primeras que tuvo Envigado, con sus ventanas de madera y dos puertas para entrar. Casi como una ratonera. De esas fincas que se tragó el tiempo. Pero la casa de William era hermosa, nunca olía a humedad. Y claro: Daniel, el papá de la casa, calvo y buenagente, pero mujeriego y riegahijos, era dueño de una empresa de bienes raíces que funcionaba en La Playa. Con eso, su mamá no tenía que mover un dedo y se encargaba de dictar unas clases de pintura en la Casa de la Cultura y llenar las paredes de bodegones e imitaciones, como buena esposa buena para nada.

—¿Es nuevo? –le pregunté a William ese día por un cuadro hermosísimo. Un cocodrilo estaba corriendo, con un cielo rojo en la espalda, detrás de dos casi-niñas, pero monstruosas, que parecían reírse del miedo. En el cielo volaban pájaros y hasta podía ser un atardecer bonito, pero uno sabía que el cocodrilo iba a agarrar a las niñas y no podía hacer nada para evitarlo.

—Sí. Ese lo montaron antier.

—¿Es de tu mamá?

—¡No, güeva! Es de Obregón.

—¿Cuál es esa?

—¡Obregón! El pintor –William hablaba como si yo entendiera algo de eso–. El que se murió hace como un mes.

—¿El de Cartagena?

—Más o menos. Medio de Cartagena, medio de Barcelona.

Cartagena. Eso era lo que tenía la pintura. El calor de la costa. Ese cocodrilo estaba caliente.

—¿Le gusta? –me preguntó, parándose a mi lado, ladeando la cabeza como si el marco estuviera torcido y apoyándose en mi hombro.

—Sí. Mire…

Señalé eso que tenía el cocodrilo en la espalda: unas plumas azules, verdes y amarillas que se iban volando con la corredera del animal.

—No es un cocodrilo. Es un caimán.

—¿Cuál es la diferencia?

—¿Yo qué voy a saber? Pero es un caimán.

Y con todo y lo azul, lo verde y lo negro que tenía el cuadro, seguía siendo rojo. Un cuadro rojo, inmenso, en la mitad de la sala de una casa inmensa y que siempre olía a limpio. Que nunca olía a humedad. Una sala roja, con unas telas pesadísimas que llegaban hasta el piso.

La mamá de William había comprado unas cortinas de terciopelo rojo para el ventanal de la sala principal, y siempre que iba me quedaba un rato sobándome la cara con ellas, mientras William me decía que las iba a engrasar. De esa casa me quedó la güevonada con las ventanas: todas deberían ser como las que tenían allá, con sus cortinas rojas que oscurecían la sala, con los vidrios brillanticos recién sacudidos con papel periódico, y dándole la cara a un cuadro de Obregón, aunque solo conocí el del caimán.

Cuando pensaba que el terciopelo se podía dañar, me restregaba más duro contra la tela: *nadie debe ser completamente feliz*. Ni las niñas del cuadro eran felices, aunque bailaran y gritaran con sus risas costeñas, eran infelices. Yo lo sabía.

—Algún día me regala ese cuadro.

—Hágale –me respondió sin mirarme.

Pero cuando William lo descolgó de la pared de la sala, tres semanas después, no me lo dio a mí, sino que fue a parar a la sala de un travesti de Lovaina.

Con el tiempo se fue desgastando el terciopelo en un pedacito de la cortina. Un pedacito que siempre quedaba contra la pared y que nunca nadie, además de William, descubrió.

Corrimos por las escalas hasta subir a la biblioteca de la casa –el único lugar donde nadie, ni siquiera el papá, entraba–, y cerró la puerta.

—¿Qué escuchamos?

—Lo que usted quiera.

Colocó una canción y se tiró al piso, cantando con los ojos cerrados, y pensé que al final no importaba lo infeliz que me hacía ver la vida perfecta de los Londoño, y su casa con olor a limpio…, quería mucho a William; el muchacho no tenía la culpa de haber nacido en esa familia. Todos los días se echaba una loción carísima que le compraba su papá en el centro; lo recogían en el colegio en una camioneta familiar; los

fines de semana lo llevaban a la finca de Llanogrande, a la de Fredonia, a la de Jardín; o se subía en un avión para Bogotá –como si estuviera poniéndole la mano a un bus– y almorzaba en Rosales donde una tía. Recuerdo que hasta le daban plata para que comprara trago, cuando no había ni cumplido los diecisiete.

Ese era William Londoño: el niñito rico del colegio, la cara que aparecía en el cuadro de honor con su uniforme planchado y sus zapatos lustrados. Pero ese no era mi William. El mío estaba rayado. Tomaba trago como un jubilado, se había acostado con una profesora del colegio y hasta se volaba a bailar en los barrios altos de Medellín.

Claro que la mejor parte de su rayón solo la conocía yo: a William no le gustaban las niñas. ¡Ay, donde se enterara don Daniel! ¡Mejor dicho, lo acababa! Me contó la historia del hijo de otra familia rica de Medellín, un muchacho Felipe nosequé, al que mandaron a vivir en Estados Unidos cuando se dieron cuenta del rollo, y con esa historia se torturaba la cabeza.

—Felipe era muy bello –me decía.

—¿En serio?

—¡Se lo juro, Diego! Imagínese que había un pintor aquí que se moría por él. Le escribía poemas, le hacía cuadros, dibujos y esculturas. Estaba loco por Pipe. Decía que era un ángel. ¡Pero con cursilería y todo, Felipe no quiso al pintor!

Y seguía hablando del pintor y de su Pipe, pero yo ya no escuchaba. No sé cómo hizo para esconderlo de todo el mundo, cómo hacía para no meterse en problemas con las oficinas bravas, y es que ser marica nunca le dio miedo. Nunca. Ni siquiera cuando agarraban a tiros alguna casa de barrio alto.

Con el tiempo el cariño que le tenía se fue volviendo rencor. Y terminó por ser indiferencia. Hace años no sé de él.

Ah, pero de jovencitos a mí me tocaba acompañarlo a unos bares de mala muerte a los que iba cada ocho días en Lovaina; se besaba con algún muchacho y salíamos por el carro que parqueaba al frente del cementerio San Pedro para que no le vieran las placas allá arriba. Aceleraba por el centro con el merengue y la salsa a todo volumen. Los

bares eran más casas adaptadas que bares: las salas se volvían pistas de baile; las cocinas, bodegas; las piezas, moteluchos. Pero no importaba. Él se le medía a todo y con nadie se quedaba callado, ni con un travesti inmenso al que le decían Lorita. El que se quedó con mi cuadro de Obregón. No. Ni por su apellido, ni por parecer un pajarito. Lorita era la versión en tacones del Happy Lora, el campeón mundial de boxeo. Los polvos que se echaba en la cara se le pegaban a la sombra de un bigote que se tenía que afeitar dos veces al día, y sus cincuentaypunta le rajaban la pestañina que, cada vez que parpadeaba, le dejaba pegadas las pestañas. Sin escrituras, ni títulos, ni papeles, Lorita era la dueña de varias de las casas del barrio, de la mayoría de los bares y bailaderos y de todos los niños que bailaban, sin excepción. Nadie supo cómo consiguió tanto poder. Decían que era la amante de un político, del alcalde, del presidente. Eso sí, era una matrona, la mamá de los muchachos que echaban de las casas, que se perdían en el vicio, y del que a ella le diera la gana. Nadie le decía que no, y ella no pasaba ni media. La primera vez que William y Lorita se vieron la cara se odiaron a muerte, se tiraban pullas en medio de las fiestas y se mandaban razones, amenazas e insultos.

—Te van a salir cortando la cara, William.

—No me van a cortar nada. Primero la mato yo.

No hubiera sido capaz, yo sé. La enemistad se mantuvo tensa, pero él tenía algo… un aire que se le pegaba al pelo cada vez que se bañaba y lo perseguía a todas partes. Como si tuviera su propia atmósfera y no la compartiera con nadie. La gente sabía que iba llegando cuando empezaba a oler a fino. William encantaba a todos los niños que iban los sábados a los bares de Lorita, a su territorio, y que, de vez en cuando, acababan en su cama, sucios y con olor a alcanfor pegado en las piernas. Por eso, cuando la cara de William agarró fama en los chochales del barrio, los maricas le echaban bomba a Lorita, a la patrona, para que se agarraran. Pero ella no quería: en cuestión de muchachos tenían el mismo gusto y eso une a cualquiera.

Con la billetera que tenía William podíamos ir a cualquier discoteca de Medellín, pero él siempre buscaba la casa donde estuviera sentada

Lorita. Le gustaba verle la cara cuando entraba caminando y cuando dos o tres muchachos le empezaban a buscar el lado bailando despacito. Se notaba que, desde la primera vez que lo vio, cargaba ganas de sacarlo a la calle, de mentarle la madre, de mostrarle quién era ella. Y en cada fiesta era lo mismo.

—¿A usted quién le mostró estos barrios? –le pregunté.

—¿Estos? Famosísimos.

—¿Sí? ¿Dónde? ¿Con los matoncitos de arriba?

—¡Lovaina es producto de exportación, Dieguito!

—¡No, William! Vamos a otra parte. Mire cómo lo mira ese tipo.

—Es una señorita. Lorita.

—Es un man, William. Vámonos.

Me agarró del brazo y me llevó hasta la mitad de la sala.

—Baile, Diego. Y va a ver que se le pasa el susto.

Y siempre era lo mismo, porque siempre lo terminaba acompañando. Casi seis meses en esa enemistad jurada.

Pero, claro: el gusto en común.

En una fiesta había un muchacho moreno, bajito como un perro, pero con unos dientes blancos raros en el barrio. Nunca lo habíamos visto por allá y nadie le recordaba la cara; y el blanco que tenía en la boca no era nada común. William me codeó cuando pasó, como si a mí me fuera a gustar, y se puso a mirarlo a ver si le podía arrancar un pedacito de piel. Lorita, con su trono en la barra, dominándonos a todos con sus tacones de aguja y sus carnes apretadas en un vestido viejo, también quedó encantada con el niño. No sabían, pero estaban frente a frente, como dos cuadrillas a punto de guerrear por un territorio, con solo el muchacho moreno en medio. Cuando se puso a bailar en la mitad del bar, él daba vueltas y, entre vuelta y vuelta, miraba a uno y a otro, llamándolos, poniéndolos a mil con una salsa de moda. Apenas acabó la canción se fue del bar, caminando rapidito, como si lo estuvieran llamando y ese no fuera el lugar para el que iba, como si no hubiera estado ahí nunca, como si hubiera entrado solo para prenderlos a todos. Los que lo estaban mirando se quedaron viendo un chispero. William y Lorita, ahora sin nadie en medio, se miraron a los ojos. Quizá por primera vez.

—Ojalá le hubieras visto la cara de güeva, Dieguito –me dijo Lorita alguna vez, hablando de ese día, pegada a un espejo, retocándose los polvos.

—¡La misma que vos tenías! –le respondió William, lanzándole alguna almohada de la cama–. No te hagás la boba.

Cuando las miradas se encontraron, los dos tenían la boca abierta de tanto mirar al morenito. Se miraron mucho rato. Tanto, que hasta pensé que se iban a dar golpes. Ya le iba a decir que nos fuéramos, que mejor no nos pusiéramos de pendejos, cuando se empezaron a reír. Se lanzaron carcajadas que se levantaron sobre todos los niños del bar, sobre la música, y nos aplastaron a todos, apretándonos los oídos. William no podía parar: yo conocía los ataques de risa que le daban cuando estaba muy contento. Lorita nos mostraba a todos sus cinco dientes, amarillos y llevados del carajo. Mientras más arrugaba la cara, más se rajaba el maquillaje.

Después de ese día lo que se mandaban eran saludes, chismes y tragos. Terminaron por ser muy amigos; y yo ahí, en medio de los dos. No sé qué me hacía William, pero cada vez que me decía vamos, yo iba.

La relación entre el riquito de Envigado y la travesti mueca de Lovaina parecía destinada a terminar en cortadas de cara, como casi todas en esas casas, o en un par de puñaladas. Pero no. Ella le decía, cuando llegábamos, cuál era el niño que quería, y William no le tocaba un pelo en toda la noche. Los sábados, antes de salir en el carro para el norte, William y yo íbamos a las boutiques de El Poblado a comprarle vestidos a Lorita, maquillaje y tacones de ciento veinte mil pesos, con la plata del papá.

—Dos salarios mínimos en un par de zapatos –le dije una vez mientras él trataba de meter el carro en la Regional.

—¿El salario mínimo está en sesenta?

—Sesenta y cinco.

—Vea pues… –respondió sin mirarme, pegado a la cabrilla pendiente de que no vinieran más carros para poder arrancar–. ¿Uno cómo vive con eso?

—No comprando tacones, me imagino.

—Ni comprando nada.

Miré la caja en la que estaban empacados, con una cinta rosada y el nombre de la tienda en letras plateadas.

—¿Vamos a San Diego? –dijo afanado, cuando también miró la caja–. Se me olvidó comprarle un bolso.

—¿Bolso?

—Una cartera. Para que le combine.

—Vamos.

–¿Cómo llego?

—Seguí por aquí y subimos por la 33.

—De una.

William aceleró y le seguimos el rastro al río Medellín rumbo al norte, para comprarle más cosas a Lorita, que seguramente estaba terminando de bañarse. Ella allá, debajo del chorro de agua fría, y nosotros aquí, adelantando a una camioneta de vidrios blindados.

Caminamos los corredores, sin quitarles los ojos a las vitrinas.

—Mire esos tenis, Diego. ¿Los quiere? ¿O esa camiseta? Llévese los dos…

Cuando abrió la caja y vio los tacones altísimos, con aguja metálica y terciopelo negro, la cara le alumbró. Pasó por todos los colores para terminar dando las gracias, pero diciendo que no tenía con qué combinarlos.

—Ya pensé en eso –y apareció, desde la espalda de William, el bolso nuevo.

Los polvos de la cara se le pusieron azules, muy rápido. Un azul anormal. El azul del vestido oscuro que después sacó William y le puso en frente. Lorita le pasó sus dedos viejos por el borde del escote y le dijo que Dios le pagara, que cómo se ponía en esas, que era el niño más bonito. Se echó la bendición, agarró sus regalos y se metió en el baño, para salir envuelta en el vestido, montada en los tacones, apretando el bolso.

Así no se veía el maniquí.